

Un biógrafo muy singular y divertido

El cuervo blanco

FERNANDO VALLEJO

Alfaguara, Bogotá, 2012, 379 págs.

PUEDA SER contradictorio, pero Fernando Vallejo nos acostumbró a leerlo sin ser indiferentes. Vallejo escribe bien, porque provoca, sacude, incomoda; exige lectores que se esfuercen. Dicho de otro modo, no es fácil leerlo, así divierta con sus retahílas. Imaginen ustedes un lector recatado, sobrio y católico; a ese no le será fácil leer el vapuleo constante contra la institución católica ni la exaltación de las prácticas homosexuales ni los excesos de los asesinos atados a los del narrador. Eso sucede, más o menos, con sus novelas y con sus jerigonzas contra los papas y las instituciones religiosas. Algo semejante sucede con sus biografías.

Fernando Vallejo es un gran biógrafo, imposible poner eso en duda, ahora, cuando acumula por lo menos tres libros reconocidos, consistentes y que reúnen una singular manera de abordar la escritura biográfica, tan llena de desafíos, tan difícil de practicar y tan inexplorada en nuestro medio. Es un biógrafo serio; no es un embaucador, ni se queda en el camino intermedio entre la verdad y la ficción. La solución que propone es aquella que considero muy próxima de lo que se puede llamar “biografía histórica”; una variante del género, resultado, a mi modo de ver, de mezclar con lucidez, sapiencia y esmero, una documentación tenaz y confiable con una escritura muy persuasiva, con la construcción de una trama muy convincente. Pero esto es apenas un esbozo de definición por el que pasa y no se queda la obra del biógrafo Vallejo. Estamos ante un autor que propone algo más que eso.

Así es, Vallejo ha construido su propio modelo de escritura biográfica. Reúne una obra que exige examinarla como un mundo aparte, como algo que posee su propio repertorio de símbolos y signos, de efectos narrativos, como algo que encierra un estilo, una singularidad. Digámoslo así: escribiendo biografías, Fernando Vallejo se ha ido escribiendo. Definiendo las vidas de

otros, se ha ido definiendo a sí mismo, porque ha creado su universo narrativo y ha delineado una trayectoria que le es inherente. ¿Por qué? Porque él escribe biografías a su manera; a partir de unas premisas que son las del género, él las explota y va más lejos. Se ciñe a lo básico, pero agrega su propia personalidad y deja su sello que lo singulariza. Él escribe y se escribe, por eso estamos ante biografías de escritor. No son biografías de novelista o biografías escritas por un historiador o por un periodista. Son biografías en las que el escritor despliega todo su repertorio de signos.

Hay una primera gran decisión de escritura en sus biografías que las hace únicas; él no hace ninguna división temática; no hace ni ofrece fracturas temporales. Él le apuesta a una fluidez permanente, sin saltos, sin suspensos, sin etapas. Eso es, al tiempo, una concepción de la escritura y una concepción de la vida. Esa ya es una primera gran exigencia para los lectores que sienten que no hay concesión, que no hay interrupciones que aligeren la lectura. La vida humana es una escritura y una lectura. La vida es un flujo constante que puede atraparse en cualquier punto. En cualquier punto deja la sensación de que puede seguir fluyendo, que puede seguir pasando; que la vida comienza o termina en cualquier parte. En la biografía sobre José Asunción Silva ese fluido es casi redondo, comienza y termina el libro con la misma evocación. En *El cuervo blanco* la redondez del relato es mucho más evidente, comienza y termina con el recuerdo de una caminata, aunque no sea la misma caminata, al cementerio del Père Lachaise en París: “Bajé en la estación del Père Lachaise, caminé unas calles y entré en la ciudad de los muertos...”.

Son biografías con introspección, porque el escritor se inmiscuye, se confiesa, agrega sus recuerdos, sus adhesiones, sus antipatías que lo asocian de un modo u otro con el biografiado o con la época o con los lugares por los que aquel individuo alguna vez pasó. El biógrafo ha vivido algo de lo que ha vivido su biografiado: “Muchos años han pasado desde que leí a Silva de niño en un cuadernito”. Por tanto, el biógrafo se cuenta y el relato torna hacia la primera persona. El proceso de búsqueda de un documento tiene su propia historia en que el investigador se vuelve

personaje; el biógrafo cuenta su pequeña anécdota que ha vivido en pos del dato sobre el personaje de su relato.

Esto nos lleva a otro problema que es bueno detectar y examinar. En cada biografía de Fernando Vallejo hay varios libros. Él relata varias cosas que constituyen varias unidades dentro del universo de una biografía sobre *Fulano de tal*. Vislumbro tres unidades: una, la biografía a secas, el relato documentado acerca de la vida de alguien; esa es la unidad más obvia y esperada. Otra unidad es aquella que condensa la parábola de su propio yo, su presencia introspectiva, el biógrafo que se vuelve elemento narrativo, casi personaje, el que va al cementerio, el que recuerda su infancia leyendo versos de Silva, el que irá a Santa Rosa de Osos a participar de un homenaje al poeta Barba Jacob. La otra unidad es la que se compone de sus diatribas que son una constante de sus biografías, diatribas contra el país, contra la sociedad, contra los contemporáneos de sus biografiados, en fin. Que todo eso reunido en un mismo libro puede incomodar o fastidiar o distraer o divertir, ese es otro asunto, pero ahí están puestas con mucho empeño por un escritor que sabe muy bien qué hace y por qué lo hace. Nada está ahí, en sus biografías, para estorbar. Pero, en cualquier caso, todas esas unidades pueden diferenciarse quizá sin mucho esfuerzo y, a su vez, forman parte de la composición de una sola obra.

Hay que dar ejemplos para entender lo que acabo de sugerir. Al azar, sin mucha metodología, podemos compilar algunas frases en que su relato biográfico se entrelaza con sus juicios acerca de lo que ha sido el país:

En *Chapolas negras* empieza diciendo: “Colombia no tiene perdón ni tiene redención” [pág. 9]; en la biografía de Barba Jacob, a propósito de unos recitales en Rionegro y Sonsón en 1929, habla así de esos lugares: “Los dos pueblos se parecen en que son de tierra fría y en que el uno es completamente liberal y el otro completamente conservador, lo cual en Colombia viene a ser lo mismo pero al contrario” [pág. 52]. En *El cuervo blanco* lanza una andanada contra el Instituto Caro y Cuervo y, de nuevo, agrega una diatriba contra el país:

el Instituto llegó a ser el gran centro de los estudios filológicos de este

BIOGRAFÍA		RESEÑAS
<p>idioma. Ya no lo es más. Gentuza de los nuevos tiempos ha venido a remplazar a los señores del pasado. Aparte del Instituto, o mejor dicho de lo que fue, no encuentro nada más de que se pueda enorgullecer Colombia. [pág. 27]</p> <p>Ahora bien, sus retazos biográficos esparcidos en sus biografías no son anécdotas sueltas; son más bien una manera de exhibir la crítica documental, su diálogo permanente con los vestigios. Acudiendo exclusivamente a <i>El cuervo blanco</i> nos topamos fácilmente con varios ejemplos: de entrada, los dos primeros párrafos están escritos en primera persona, es el biógrafo en busca de su personaje. Muy poco después se detiene a examinar un acta “con lupa de filólogo” [pág. 13]. Luego dirá: “Leyendo la correspondencia de Cuervo se cruza uno aquí y allá con algunos que fueron sus maestros [...]” [pág. 59]. De vez en cuando admite sus pequeñas derrotas en las pesquisas: “No he podido averiguar qué parentesco tuviera el doctor Indalecio Camacho con Ángel” [pág. 101]. En fin, podemos estirar el listado pero no es necesario; lo cierto es que Vallejo no ahorra espacio para introducir sus digresiones de biógrafo en plena actividad.</p> <p>Ahora bien, Vallejo ya nos muestra en su trayectoria de biógrafo una tendencia notoria; él hace biografías de intelectuales. Él se ha inclinado por contar las vidas de hombres de letras. De este modo ha ido desbrozando un tipo de conocimiento; sin necesidad de exhibirse como un riguroso investigador académico, tenemos ante nosotros tres obras que son el resultado de estudiar a tres individuos que, cada uno a su manera, constituyen paradigmas de la creación literaria, de la vida intelectual, de la relación de las letras con el poder político. Nos ha ido contando cuáles fueron las condiciones de creación intelectual de cada uno, cuáles fueron sus vínculos, sus adhesiones, sus limitaciones, sus excesos. Son historias del mundo letrado con sus formas de circulación del conocimiento, con sus vínculos con el mundo de la imprenta; son aportes a la historia del libro, a la historia de la edición, a la historia de la lectura y, por supuesto, a la historia de la cultura intelectual. En especial, la biografía sobre Rufino José Cuervo está concentrada en gran medida en</p>	<p>cómo circuló el libro entre Europa y América, cómo se asentó un proceso de industrialización editorial, cómo se afirmaron librerías profesionales y bibliotecas públicas en Europa y América Latina.</p> <p>No es fácil creerlo ni demostrarlo; Fernando Vallejo, como biógrafo, es concesivo. En medio de sus imprecaciones hay un biógrafo que escribe rindiendo homenaje. Podría decirse, incluso, que la selección de sus biografiados ya es un homenaje, una exaltación. Eso lo veo como un defecto notorio, porque el biógrafo recurre a la biografía para elaborar una vindicación, lo cual lo arrastra a colocarse en el papel de abogado del diablo. Peor aún (o mejor, dirán otros), Vallejo termina creyendo que Dios existe. Así le ha sucedido con Rufino José Cuervo. Para Vallejo, Cuervo fue un portento divino que con precoz lucidez pudo meter en orden a una lengua con su fenomenal diccionario. Miremos, más bien, como lo dice el propio Vallejo:</p> <p>¿Y cómo pudo un paisito tan insignificante como Colombia producir un genio de alma grande y bondadosa como Rufino José Cuervo Urisarri que ni siquiera pasó por la escuela secundaria pues todo lo aprendió en los libros pero a los treinta y ocho años, cuando llegó a París, tenía concluido en lo esencial su portentoso <i>Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana</i> en que lograba meter bien que mal, en camisa de fuerza, a este desquiciado idioma?</p> <p>A ver, el solo hecho de que se pregunte todo esto en la página 299 ya delata un problema de construcción de toda la trama biográfica; a esas horas del libro ya debería haber entendido (para él) y explicado (a nosotros), cómo fue la formación intelectual de Cuervo, qué impacto pudo tener una formación autodidacta, por qué le interesó tanto poner en orden una lengua. Como nada de eso lo ha resuelto claramente, Vallejo solamente atina a decirnos esto como única gran respuesta: “Pues porque Dios existe. Esta es mi prueba gramático-lexicográfica de la existencia de Dios y la grandeza de Colombia” [pág. 299]. Este es buen ejemplo de cómo un buen escritor, porque Vallejo no dejará de serlo por este detalle, puede convertir algo muy</p>	<p>serio en la vida de un intelectual en una absoluta bobería; mondo y lirondo, el biógrafo nos ha puesto a pensar en explicaciones divinas para un asunto que debió resolverlo con una enjundia más terrenal.</p> <p>A Vallejo lo devora la anécdota; tal vez eso sea lo mejor, comercialmente hablando, de sus biografías. Su relato está repleto de chismes deliciosos; de encuentros, odios, fotos, hallazgos, conversaciones. Documentalmente hablando está muy bien; pero todo eso es para ponerlo en función del relato y la explicación, lo cual en términos comerciales puede provocar un desastre editorial: los libros serios no se venden y, a lo sumo, quedan anquilosados en las editoriales universitarias. Las mejores biografías son las que saben situar a los individuos en el contexto de relaciones al que perteneció cada quien; quizá eso sea lo más ausente en sus biografías. Pero, aun así, admitamos que Vallejo nos entrega instantáneas de una vida y, muchas veces, de varias vidas que, al sumarlas o al integrarlas, nos deja ver un paisaje: el de la vida intelectual colombiana. Ese esfuerzo hay que agradecerlo, porque además divierte. Y si el antirreligioso y anticatólico escritor termina dándole oxígeno a la existencia de Dios, la carcajada es inevitable.</p> <p style="text-align: right;">Gilberto Loaiza Cano</p>